

Y nada más.

De trecho en trecho encontramos unas pasaderas de piedra, destinadas á que los transeúntes cruzasen de una acera á otra los días de lodo. Entre las pasaderas quedan cuatro ranuras, abiertas á una distancia proporcionada á la anchura de los carros.

Estos pormenores que tanto recuerdan la vida, me causan una profunda tristeza.

A la puerta de algunas casas hay unos altos asientos de piedra, á los cuales se subían los pompeyanos para montar á caballo.

Ya son inútiles.

En los muros se leen borrosos letreros en latín, escritos hace mil ochocientos años, que denuncian los amores de tal mujer, ó el delito de cual hombre; versos de Virgilio ó de Ovidio; palabras obscenas, y anuncios de funciones dramáticas ó de luchas de gladiadores.

Aquellas fiestas no se verificaron.

Las fuentes públicas que se encuentran á cada paso, no manan agua: los conductos de plomo que los surtian están rotos, y otros fundidos por la abrasada ceniza que esterminó la ciudad.

¡Cuánta desolación!

Pasais de una calle á otra: veis arcos de triunfo; veis palacios, veis templos, veis anchas plazas llenas de grandiosas columnas que permanecen de pie, ó cuyos capiteles yacen al lado de los pedestales; veis el *Forum Civile*, el *Templo de Venus*, las *Thermas* ó baños públicos, los *Tribunales*, las *Fábricas*, los *Teatros*...; pasais de la *calle de las Tumbas* á la *calle de los Doce Dioses*, de la *Villa de Ciceron* á las *Prisiones*; recorreis toda la ciudad en mil sentidos, y no encontráis á nadie, y no sucede nada; y sin embargo, todo os parece animado y vivo, todo reciente y nuevo.

Y ni compadecer podeis el destino de los pompeyanos: á cada momento, hallais á la entrada de una calle ó en la puerta de una casa, un atributo infame de su prostitucion, un signo de su bajeza, un ídolo nefando que os hace apartar la vista con horror...

Yo no ceso de recordar la *Ira de Dios* de Zorrilla:

Con estos geroglíficos impuros  
se adornaron los pórticos, las fuentes,  
las calles y las plazas y los muros;  
y no quedaron ojos inocentes,  
ni oídos castos, ni recuerdos puros,  
ni rubor en los rostros impudentes...

El poeta habla de Sodoma: cualquiera diría que hablaba de Pompeya.

Por lo demás, la historia reviste aquí un carácter con que no se presenta en otra parte alguna.

No: no es este el mundo antiguo, colegido por las ruinas, adivinado por los monumentos, aprendido por la erudicion.

La antigüedad aparece aquí real, tangible, presente.

¡Es que no han pasado los diez y ocho siglos. ¡Y, en efecto, para Pompeya no han pasado!

Pompeya no ha sido testigo de nada de lo que ha sucedido en el mundo durante su largo sueño.—Sus casas, sus calles, sus templos no han visto lucir esos cientos de miles de soles que constituyen casi todo el Imperio Romano, toda la Edad Media y los siglos del Renacimiento.

¡Asusta la multitud de hechos que encierra el paréntesis abierto en la vida de esta ciudad!

Seguramente, todo esto trae á la imaginacion el día del Juicio; hiela la sangre; estingue las ilusiones.

He penetrado en muchas casas: he recorrido todas sus habitaciones, distribuidas al estilo griego, con suelos de mosaico y preciosas pinturas en las paredes: héme detenido en el *átrio*, en el *peristilo*, en el *venereum*, en el *cubículo*, en el *triclinio*, en el *larario*.—Y me he preguntado por aquellas costumbres, por aquella civilizacion, por aquellos dioses...—Y la Era cristiana ha aparecido ante mis ojos como un océano interpuesto entre dos mundos.

Las casas de Pompeya tenían (y tienen) en vez de número, el nombre de su dueño escrito con letras rojas.

Diríase que los pompeyanos preveían el destino de su ciudad y adivinaban que con el tiempo la recorrerían otras generaciones, sin hallar á quién preguntarle noticias sobre la poblacion.

En la esquina de una calle leo el siguiente anuncio, escrito en latin sobre el muro:

«*Se alquila en los dominios de Julia Félix, hija de Spurius, del 1.º al 6 de los idus de agosto, un baño, un venererum, noventa puestos ó tiendas y algunas piezas en el primer piso, por cinco años consecutivos.—Si se estableciere casa de prostitucion, se anulará el arrendamiento.*»

¡Siempre el mismo *ritornello*! ¡Siempre la prostitucion!

Imposible me fuera apuntar todo lo que veo y me maravilla.

El nombre de algunos parajes revelará el interés con que los visito.

Aquí teneis la *Panadería*, donde se ha encontrado harina, trigo, el horno y todos los útiles del oficio: aquella es la *casa del Cirujano*: hé aquí una *Fábrica de jabon*; hé allí una *Botica*, que se halló repleta de drogas y que tanta luz diera sobre la medicina antigua.—Mirad el *Gran teatro*, ó *Teatro trágico*, vasto semicírculo que se abría de cara al mar, fondo del escenario: ved el *Teatro pequeño*, ó sea el *Odeon*: apartémonos del *Gran lupanar* descubierto en 1845, lleno de asquerosas pinturas é ídolos obscenos: entremos en el *Granero público*; penetremos en el *Erario*; visitemos las *Prisiones*; recorramos el *Taller del Escultor*; detengámonos, en fin, en la *Posada de Albinus*; pero no en la *Taberna y lupanar*, aquí próximos, en que vivían aliadas la embriaguez y la lascivia.

¡Oh! ¡Qué mundo de impresiones!

Al caer la tarde, fatigados de vagar todo el día por tan inmensa necrópole, volvemos á buscar al director de las escavaciones, el cual nos dejó hace una hora, á fin de prepararlo todo para que veamos desenterrar parte de un aposento de una casa de la calle de la *Fortuna*.

Esta operacion nos conmueve extraordinariamente.

Los trabajadores levantan la ceniza con gran cuidado.

A cada instante nos parece que vamos á ver salir un esqueleto.

Al descubrir las paredes, brillan á nuestros ojos los vivísimos colores de sus pinturas, que un momento despues se empiezan á amortiguar con el contacto del aire...

Aquí sale un mueble, allí una lámpara de barro, ora un idolo de bronce, ora madera carbonizada, ora trozos de elegantes esculturas.

Se diría que la catástrofe fue ayer.

¡Oh! ¡fidelidad de la muerte! ¡Oh incorruptibles cenizas! ¡qué bien habeis guardado vuestra presa al través de las edades!

El suelo que se descubre es un precioso mosaico que representa el nacimiento de Venus.

Al limpiarlo, se recogen algunas monedas con el busto de Neron.

Mas ¿qué es esto que encontramos en un ángulo del aposento?

Es una *cuna de hierro* en forma de nave...

¡Qué horror! Los operarios remueven las cenizas que hay dentro de la cuna, y el director de las escavaciones, que tiene ya una gran práctica en la materia, nos dice palideciendo:

—La cuna estaba ocupada: aquí veo huellas de sustancias animales.

Pero hacemos mal en horrorizarnos. Aunque este niño no hubiese perecido al empezar su existencia; aunque hubiese vivido cien años, ya habria muerto hace muchos siglos.

Sin embargo, no los vivió, y todo el tiempo pasado no ha sido parte á sacarle de esa cuna, á darle la posesion de su inteligencia, á enseñarle á hablar, á hacerle hombre.

¡Cuánta vejez en esa infancia!—¿Por qué no ha de ser posible que continúe desde ahora la interrumpida carrera de su vida y reaparezca á sus ojos el mundo que se le nubió antes de tiempo?

¡Insensatos delirios!

El sol se va á ocultar.—Es la hora de recorrer toda la parte de Pompeya, que permanece oculta bajo las cenizas.

Vamos al *Anfiteatro*.

Esta colosal ruina se encuentra en un extremo de la ciudad, muy lejos de las calles descubiertas hasta ahora.

Las escavaciones tuvieron primero por objeto demarcar el área de Pompeya, siguiendo la amplísima elipse de sus murallas, y por consiguiente, se desenterraron todas sus puertas y se fijaron los límites de la poblacion.

El *Anfiteatro*, por ser tan enorme y tan importante, apareció y fue exhumado

entonces; pero se le ha dejado solo, en el confin oriental del inmenso cinerario.

Para llegar hasta allí, cruzamos la parte de Pompeya que permanece inhumada, oculta hace tantos siglos á la luz del sol y á las miradas de los hombres, tácita y latente bajo las hambrientas cenizas.

Un fertilísimo viñedo y una risueña flora, que aquí dan espanto, han brotado de la capa de tierra vegetal que cubre esta sepultura inconmensurable.

Yo creo cometer un sacrilegio al mover la planta por los senderos que cruzan este campo de dolor, y la fijo en el suelo con timidez y blandura, como temiendo lastimar á los que debajo duermen...

¡Oh! debajo de nosotros, en las entrañas de esta tierra sonriente, á los cuatro metros de profundidad de esta verde y apacible llanura, hay calles, plazas, templos, estatuas, muebles, joyas y tal vez millares de esqueletos humanos. La muda tierra esconde todavía el misterio de casi toda la ciudad difunta!

No será ya por mucho tiempo. Pronto aparecerá Pompeya entera á los asombrados ojos de los mortales.

Hemos llegado al *Anfiteatro*, que se conserva integro, aunque con las gradas derruidas en su mayor parte. Estas son treinta y tres, y desde la mas alta se abarca un espectáculo verdaderamente sublime.

Ante todo, causa un terror instintivo el recordar que los habitantes de Pompeya se encontraban reunidos aquí en el momento de la catástrofe, y no puede uno menos de mirar frecuentemente al Vesubio (cuya mole, demasiado próxima, cierra el horizonte hácia el Setentrion), para ver si se advierte alguna novedad en el humo que lo corona... y tranquilizarse al hallarlo en su estado habitual.

En cambio, en este anfiteatro no acontece lo que en el de Roma: aquí no se teme que los leones hayan perpetuado su raza en las cavernas subterráneas: aquí se tiene á la vista un mónstruo tan tremendo, tan cruel, tan incontrastable, que la idea de las bestias feroces no causa espanto á la imaginacion. Y esto sin contar con que se sabe que hasta los temidos reyes de las selvas fueron impotentes contra la furia del volcan, segun lo acreditaron ocho esqueletos de leones, encontrados sobre esta arena cuando se removió la ceniza.

Desde lo alto de la gradería, vemos la espaciosa elipse del anfiteatro, las viñas, el campo fúnebre que he descrito, algunas escavaciones parciales verificadas en medio de él, los muros y las puertas que encerraban la estinguida poblacion, las calles, las casas, los templos, el foro... toda la parte exhumada de la ciudad: á la izquierda, álzase el *Monte San Angelo* y el *Monte Cereto*, á cuya falda se apiña el arbolado en grandes masas oscuras, sobre las cuales se destacan como blancas palomas algunos pueblecillos: al fondo, descubrimos la redondez del golfo, azul y reluciente como un zafiro inmenso, y en torno á las olas, las ciudades que se miran en ellas... *Castellamare* (con el castillo en el mar, que le da nombre)... *Sorrento*, ceñido de bosques y jardines... la *Isla de Capri*, que parece una prolongacion de la *punta della Campanella*...: mas allá, la lontananza del Mediterráneo, una atmósfera de oro y esmeralda, un sol radiante

que moja ya sus cabellos en las ondas, despues de un espléndido dia rico de música y de colores... y si volvemos á mirar mas cerca, veremos con infinita melancolía las prolongadas sombras de las columnas solitarias que blanquean como esqueletos en la sorda estension de este desierto; veremos despedazados mármoles esparcidos por do quiera, haciéndonos imaginar que son los huesos calcinados y dispersos de la antigüedad insepulta; veremos, en fin, á nuestra derecha, el siniestro verdugo de tantas generaciones, el triunfador de Pompeya, el titan animado por el fuego, que cuando patea irritado, aniquila y sumerge las comarcas que lo rodean y hace retroceder lleno de susto al turbulento piélago insondable.

Se oculta el sol.—Salió esta mañana y se pone ahora, como ha salido y se ha puesto durante 1800 años, sin encontrar á nadie, sin lucir para nadie en Pompeya.

¡ Ah! ¡ Cómo se van diez y ocho siglos! ¡ Cómo se van!

Si esta ciudad hubiera seguido habitada todo ese tiempo, hoy estaria atestada de cadáveres. No cubrirían las cenizas del Vesubio los restos de una generacion; pero en cambio, la generacion que hoy morase aquí, hollaría con su planta la ceniza de otras cien generaciones precedentes.

En este momento de solemne tristeza no se da cuenta el alma de si compadece á los que murieron en Pompeya ó á los que en Pompeya hubieran nacido á no desaparecer la ciudad. Los padres fenecieron con su descendencia: la posteridad no existió para ellos: ni una lágrima regó su sepultura.

«Año 79» marcaba el reloj del tiempo la tarde aquella en que los pompeyanos, reunidos en este circo, creyeron que habia llegado el fin del mundo.—«Año de 1861,» marca el sol de un dia de enero al despedirse hasta mañana de Pompeya sin habitantes.

¿Qué vale todo el poder; qué vale toda la furia destructora de un volcan, al lado de la vida de la Tierra, que rueda por los espacios, firme y segura en torno de su eje, regenerada todos los años por las caricias del sol, siempre jóven y hermosa, siempre ceñida de zonas bonancibles en que pueda renovarse la historia humana?

¿Ni qué vale la misma Tierra; qué vale la existencia de un astro mas ó menos,—incandescente ayer, mañana helado,—producto del consorcio de una cantidad errante de materia cósmica agrupada sobre un centro fortuito por la misteriosa fuerza centrípeta, y destinado á romperse, á desaparecer, á aniquilarse en un tiempo dado...—qué vale, digo, la vida de nuestro planeta, si se compara con la eterna máquina del orbe, con la inmensidad del infinito, donde giran, mueren ó nacen continuamente millares de millares de mundos, animados y dirigidos por la omnipotencia de Dios?

Es de noche. El universo exterior ha desaparecido. Las tinieblas se han apoderado de cielo, tierra y mar...

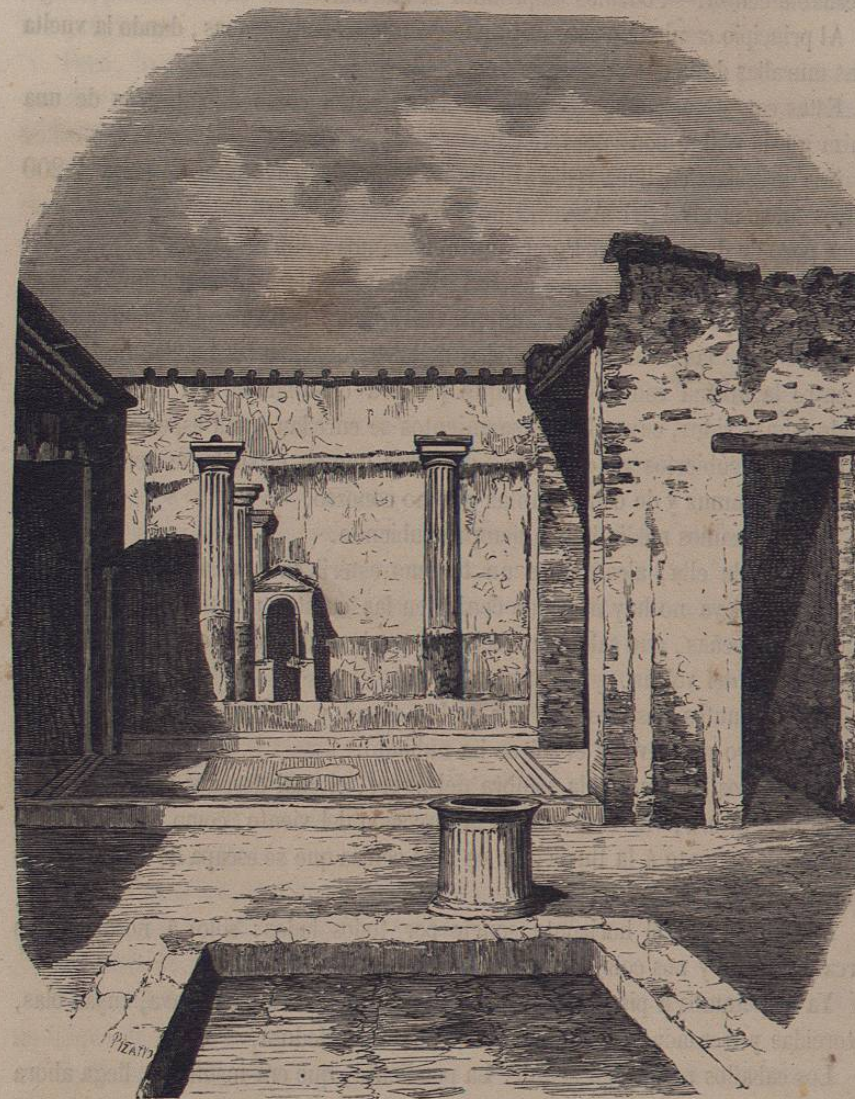
Refugiémonos en lo profundo del alma, donde tambien reside el infinito.

## V.

## El Vesubio.

19 de enero.

Despues de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando á Pompeya á la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de



Casa en Pompeya.

*Bulwer*, con terremotos y con nuestra próxima subida al volcan, á cuyo pie hemos dormido, amanece otro hermosísimo dia, que parece la repetición de ayer, y que está muy lejos de serlo, puesto que entre ambos soles hemos gastado